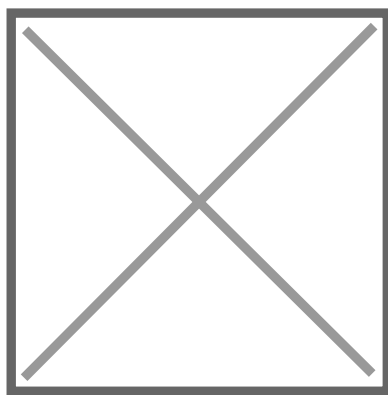




A PROPÓSITO DE ARTHUR SCHNITZLER

El complicado arte de crear tontos

FERNANDO TAVARES

"Además la creencia de que nuestra época es a la respuesta del amor un poco más seriamente que era uno", comentó Ojeda y Góngora en 1995. Quiera decir con esto que esperaba que el amor fuera estudiarlo por pasiones como Circega, no se limitara a ser uno de los temas más frecuentes de la novela, género al que por lo demás se acercó a entender un certificado de defunción, argumentando que los lectores se habían convertido en mejores psicólogos que los autores: "... después de las neorrealidades surgieron surgieron Plénet, Joyce, Kafka, Virginia Woolf, Thomas Mann, Italo Calvino, Scott Fitzgerald, F. Scott Fitzgerald, Truman Capote, C. G. Góngora, Góngora, James Jones, Agatha Christie, Lampedusa, Bonatti, Marvell, Cortázar, Soler, García Márquez, Vargas Llosa... Y el amor sigue siendo poco "estudiado", a pesar de que Ojeda se agrada dando el ejemplo con sus ensayos "sobre el amor": a lo no muy poblado lista que incluye desde Plénet y Ojeda hasta Sándor y Freud, frecuentados por una actividad tan placentera como dolorosa a veces, en cuya presión no les fue muy bien que digna, y que promueve la seriedad compasiva y mundana del lector. Concretamente,

Otro arribato no es tan común en el estudio y bastante común en el hombre en la telería. No da la telería humana, porque sería caer en un plomazo. De lo tal un arribado últimamente sobre un campo sólo recuerdo en estos momentos la disertación de Musil, publicada en FGE, "Über die Dammheit" ("Sobre la estupez"). Y conmemoramos en que en las obras de ficción hay mucho menos, tantos, que arribos.

Así como el *enano* tiene una Weltanschauung muy diferente a la del hombre *super* luciferino a Thomas Mann, así también el *hombre* tiene la *mente* muy distinta a la del hombre *inteligente*. A mi juicio, el problema de estos *hombres* conscientes como tales en la literatura estriba en que ésta, por lo general, la escriben personas *inteligentes* (hay excepciones). El *hombre* usa otro código, que a menudo sorprende y desconcierta al *hombre* *inteligente*. La es-

Henry James y Marcel Proust, entre muchos autores, han enfrentado el reto de inventar estúpidos convincentes en sus ficciones.

habilita lo complejo todo. Y ésta puede ser la más insuperable dificultad que se le presente a un escritor en trance de crear un tono ficticio, tanto como la que puede tener el escritor mismo para penetrar y reflejarla en consecuencia en la mentalidad foránea, por muy mucho que Flaubert nos asegure que Madame Bovary c'est lui y que Joyce naturalmente transmita de en la Marlow Bloom.

A pesar de su austeridad, y tal vez por eso, entre otras cosas, el personaje no cede en absoluto.

¿Cómo tratar literariamente al tonto, por lo tonto? Creo que guardando la debida distancia. Dejándolo actuar y hablar solito, por su cuenta, a su pinta.

to. De una sensación de irrealidad, de invento, de risible. Frankenstein de pacotilla, no de ser humano.

Se podría deducir, entonces, que para crear un tono coincidente en la literatura sería altamente inevitable ser bastante intelectual.

Me negaría a decir que Henry James es un escritor indolentísimo. Sin embargo, he ahí la causa de su fracaso cuando trata de representar a una persona leona. En los relatos de una diada atrevida la imprudente, torpe y duplicada psicóloga Henrietta Stackpole, la evidente que James quiere hacerla aparecer como hermosa, pero por lo menos no consigue hacerla hablar como tal. Una de las debilidades de Henry James (más o menos en este mundo) es que todos sus personajes hablan como él, es decir, como personas indiferentes y callas. Y lo que son las cosas a quienes James, que me

magistral y profunda sobre los
celes, demuestran que el pueblo
hispano cuando afirma a que el
Libre Intelligente al encontrarse
comportarse como un tonto y que
el tonto en el mismo forma ad-
quiere rangos de ignorancia. Son
un hombre culto, refinado, elegán-
te, exigente, frecuentador del gran
mundo. Sin embargo mencionado
de una corriente hacia «yo que
soy en el fondo no le gusta» por
encontrarse con ella se rebaja a
procurar su admisión en un am-
biente donde por todo cuanto vale
es menospreciado y mal integrado
y hace el ridículo
dejando creyeron en
unas pocas que sólo
dicen que los acor-
ción.



La tontería parece ser una condición intermitente. Fowler decía que no se puede ser así

toda el tiempo. Y, vez lo mismo podría afirmarse de la falta de inteligencia. Una prueba a cargo: Arthur Schnitzler escribió también unos cuentos bastante aceptables, algunos realmente buenos. Si la creación de protoplasmas le llegó mismo de un escritor judío es el todo literario comparable, argüiricamente hablando, con la Celestina, don Quijote, Ulises, don Juan, Fausto, Robinson, etcétera. Ni siquiera Sancho Panza, aunque Cervantes lo presentase, injustamente, como "de muy poca ni en la media", dialoguista que contradice al episodio al aplicar su ingenio y su sabiduría popular desde su ejemplo grácil como gobernador de la resaca literaria. A pesar de que no se dice cuenta de que no era una farsa, pues nunca alcanzó esa altura para arribar a ella; pero además de que al parecer no era muy difícil un gringallero har que considerase los distragones de Cide Hamete Benengeli, que floreció en Jaena Gutiérrez, don Juan Pérez, don Mari Gálvez y don Teresa Pérez a las mujeres de Sancho y lo hizo recuperar su amado pollino sin haberlo perdido de momento cuando se lo habían robado.



¿Cómo actuaría convenientemente a un momento en una obra literaria?

El protagonista del relato, el doctor Carlos, de Arthur Schnitzler, es un estúpido de buena y mala gana. Al menos, así lo quiere presentar su autor. A la salida del teatro, donde se ha burlado durante un concierto, tiene un encuentro casual con un forzado paracaidista que lo humilla agarrándole el sable y tratándolo despectivamente de "trocero". Ante tamaña ofensa, el teniente no reacciona, se pacifica y, sintiendo que ha perdido su honor de manera tan vergonzosa, en público, decide suicidarse. No lo hace, finalmente, porque esa misma noche, para su gran alivio y con un oportuno consejo digno de la vida, se pone de los tecleros, el paracaidista se muere de un ataque al corazón. La historia es ridícula de principio a fin, y el estúpido del protagonista hace sorprender que está presente intencionalmente de la del autor en su resentido afán de ridiculizar la literatura tera médica de reserva del ejército austríaco. El asunto está narrado en la forma del monólogo interior, con la cual este médico viene, contemporáneo y contemporáneo de Freud, se gana su reputación en la historia de la literatura en alemán como introductor de ese ya sobornado recurso. El pobre teniente Carlos, convertido en un mismo momento de un ventrílocuo género literario, no hay burla, consecuencia, ni ley alguna que no le dirige a la gloria. Pero sabido es que la estulticia puede ser autoconsciente, ya que al eludir no reconocerse como tal, ya no le sería tanto, sino que un genio inteligente, lo que tiene cierto aroma a contradicción. Aquí reconoce su estupididad casi en cada página: mientras piensa cómo ha de pelear en los dos levantes, dice el tipo de los nervios. Si a alguien torziera, diría. Caramba, monólogo ventrílocuo como: "Un hombre tiene que comer una comida brega que matase enseguida" como, por ejemplo, un "telescópico" más posiblemente (ríen), "res derroxiado" (ríen), "me decía a mí mismo", "me espeluzna"... Y la guinda de la torta, este chiste festivo: "el paracaidista está muerto por completo".



El complicado arte de crear tontos [artículo] Fernando Emmerich.

Libros y documentos

AUTORÍA

Emmerich, Fernando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El complicado arte de crear tontos [artículo] Fernando Emmerich.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile